



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

**LIBRO
DE LOS
MISTERIOS**

MISTERIO DE LOS SIGNOS
MISTERIO DE LA NIÑA DE LA ESTRELLA
MISTERIO DE ROSA DE LUZ

1951

Ilustró: Víctor Delhez

*

*

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz – Bolivia

TRIVIUM

MISTERIOS DE LOS SIGNOS

La Casa

La Máquina

La Ciudad

La Sirena

La Catedral

MISTERIO DE LA NIÑA DE LA ESTRELLA

MISTERIO DE ROSA DE LUZ

Coloquio de la Desesperanza

Coloquio del Recuerdo

Coloquio de la Dicha que Retorna.

A MARÍA



***Por distracción,
pensándola aun viva,
preguntar dónde está
la que ya no es más.
¡Qué melancolía!***

Tsurianki

Misterio de los Signos

La vida del hombre es una esfera. Afuera el reposo; adentro la tempestad. Su redondez encierra más enigma que las palabras pueden expresar. Su pulida superficie devuelve imágenes de fraude y fantasía. Se cosen tan sutiles los hilos de las almas, que nadie toca su rama. ¿Qué sabes de tu hermano? Sólo aquello que tu hermano te concede saber. Perfecta como la naranja es la vida del hombre, áspera de corteza, tierna de pulpa. Pero hendid la cuchilla, dad un corte en profundidad, y la naranja se dimidia: una mitad, de doce partes, para las horas del día; una mitad, de doce partes, para las horas de la noche. ¡Mirad: de la interna geometría de la esfera, fluye como la música una vida!

LA CASA

EL POETA

Deberes... Deberes... ¡Los malhadados! ¿Cuándo me dejareis en paz? Yo quiero trabajar lo mío: los versos y los sueños. Tallar los duros ángulos, para que brote luz de mis diamantes. Pero el pan es primero; ganar, ganar la vida a costa del sosiego. La maldición antigua se cierne sobre el hombre: el pan antes del sueño, como la sombra que anticipa al cuerpo. El pan... El pan... ¿Y por qué no la palabra? Conozco una teoría acerca de ellas... ¿Sabéis qué son las palabras? Perfiles ardientes, trozos seráficos, el rostro embozado de la verdad. Sueltas, valen poco; semejan islas. Ligadas, ganan potencia como el concierto de las voces. La norma de la música preside su decoro. Unas tienen oscuridad de montaña, otras son diáfanas como berilos. ¡Notas, voces, palabras! ¿Qué vale una sin las que la acompañan? Vive la nota de las notas, crece la voz con las voces, y la palabra es nada sin las palabras. La raíz del mundo: un principio angélico de asociación. Como los organismos, las ideas; como las voces, las palabras. El secreto es uno, uno solo: combinar la infinita variedad de las formas. Madeja de oro leve es el lenguaje, mas la torpeza humana la torna en rudo cáñamo. ¡Si supierais hasta dónde alcanza el poder transmigrador de las palabras. ¡Yo sé de unas que despiden resplandor como las alas del Arcángel...

EL ABUELO

(interrumpiendo el soliloquio)

Hijo, ve a la ciudad. La casa está hipotecada, cumplamos con el Banco. ¿Por qué tardas?

EL POETA

Perdonad, lo había olvidado. Mas dejadme dos minutos, uno siquiera, para cerrar la meditación. Y vos ... ¿No estáis repuesto aún? ¿No podéis hacerlo vos?



EL ABUELO

De poderlo, no lo pediría. Estoy viejo, no tengo de quien valerme. Mis años pesan más que mis huesos; mis ideas van difícilmente más allá de mis pasos. Acudo a tí porque me debes servidumbre, como yo te la dí cuando eras niño. ¡Andando!

EL POETA

Está bien, padre; iré. Pero cumplido vuestro encargo ¿quedaré libre? ¿Tendré sosiego para hacer lo mío?

EL ABUELO

¡Calla ignorante! Sirvamos sin aguardar recompensa. El deber es un camino sin retorno: un paso, sigue a otro; y diez mil pasos, apenas son la sombra de una acción. Obrar sin preguntar, esa es la ley.

EL POETA

Servir sin indagar... Por qué se interpone un velo entre mi razón y mis sentimientos? Quisiera comprenderlo todo, encenderme en las cosas y en los actos antes de entregarme a ellos. ¡Bah! Dejémoslo... Agradezco la enseñanza. Cada vez que vuestra sabiduría me vuelve a la tierra, mis ojos lloran al apartarse de las nubes, pero mi corazón os bendice, porque me volvéis al surco, al surco de los días, donde el hombre siembra su grano amargo y dulce a un tiempo mismo.

LA MUJER DEL POETA

(entrando presurosa)

¡Venid, venid! El niño ha pegado a la pequeña.

EL ABUELO

¿No puedes poner orden en la casa?

EL POETA

Castiga al chico, consuela a la pequeña.

LA MUJER DEL POETA

Eres tú quien debe hacerlo. El niño se me aleja, se rebela, porque sólo de mi mano recibe disciplina.

EL POETA

Salgo de prisa; mi padre te ayudará.

LA MUJER DEL POETA

¿Casé con tu padre? ¿Quién es mi marido? Divides las horas entre el ocio y la ciudad. ¡Valiente cosa! El deber, el deber... ¿Lo es soñar, lo es afanarse por lo necesario, y no lo será velar por lo suyo? Los hijos de tu sangre requieren tu cuidado. ¿Por qué desposamos? La yunta es para dos; no quiero carga sola.

EL ABUELO

Calma, calma. No detengamos al que debe obedecer. El llanto de la criatura puede aguardar; los negocios no.

EL POETA

Si los sueños esperan... ¿Por qué no habrían de esperar los niños?

LA MUJER DEL POETA

¡Negocios, negocios y sueños, siempre sueños y negocios! Y a mí ¿qué me dejáis? La parte más ingrata: manejar la casa, limpiar y ordenar todo, educar a los pequeños. No es justo, padre, no es justo. También yo requiero ayuda.

EL ABUELO

Todos requieren ayuda. Pero cada cual hará lo suyo: ve tú a los niños, mi hijo hará lo que no puede mi voluntad caduca, yo seguiré velando por vosotros.

LA MUJER DEL POETA

¡No! Primero que atienda a los niños.

EL POETA

Primero esto, luego lo otro, después aquello... Y para mí ¿qué ha de quedar? ¿Es que no puedo vivir sumergido en lo mío? ¡Ah, quien fuera pájaro, criatura del aire, libre de amarras!

EL ABUELO

Lo más noble, lo más entrañable, es aquello que debemos a los otros. Sirviendo se rescata el hombre del pecado del orgullo. Lo mismo el animal: el pájaro vive sujeto a su nido, como el hombre a su hogar.

LA MUJER DEL POETA

(impaciente)

Todo eso será cierto... Puede ser... Más quiero cerciorarme si domar al niño es tan sencillo como soltar consejos o cazar nubes por el horizonte.

EL ABUELO

Ya es tiempo de cortar la discusión. Disputas muelen victorias; ganemos una antes que la discordia nos disperse.

EL POETA

Está bien, padre. Está bien, mujer. Calmaré a la pequeña, castigaré al niño. Luego iré a la ciudad, cumpliré con el Banco. Los sueños pueden esperar.

LA MUJER DEL POETA

(alegre ya)

Si aun queda tiempo, irás al monte por un ramo de violetas.

EL ABUELO

Ve con premura, se hace tarde. Luego me leerás el Libro Magno, para curar las flaquezas de la jornada.

EL POETA

(desde el umbral)

¡Adiós mujer, adiós padre! Para todo habrá tiempo, para todo voluntad. El deber es alegre como el agua; como el agua nos lleva sin descanso.

* * *

LA MAQUINA

EL POETA

(subiendo al locomovil)

Viejo servidor, fiel a mi deseo, salud. La menor presión de mis pies o de mis manos, repercute instantánea en tu complicada estructura. ¿Qué es una máquina? Y la rueda, cosa alada que atropella al viento. Y el motor, fábrica que se consume en mi servicio. Y el volante que puede manejar un niño. Y el freno hidráulico, elástico o inerte como zarpa de tigre. Y la palanca de los cambios, donde se acrecienta y aminora la fuerza. Y la llanta y el neumático, ese par de corceles indomables. Y el vidrio que protege del viento, las planchas de acero que defienden del sol y de la lluvia, el asiento que elude la fatiga. ¡Casa rodante: invención maravillosa de un demonio! Te quiero y recelo. Te quiero porque respondes a mi voluntad; recelo porque despiertas al vikingo y sepultas al artista. Cuando cojo el volante, un animal de presa se despierta en mí, se apodera de mis músculos; siento deseo de correr, volar, atropellar... ¿Es el impulso de conquista? ¡Ser uno con la velocidad, uno con el vértigo! Avanzar rapidísimo, levantando asombros y temores. ¿No es magnífico?

EL LOCOMOVIL

No perder la cabeza, no perder la cabeza; aquí no intervienen azares ni demonios. Hijo soy de la previsión y de la lógica. Desde que apareció la rueda hasta el invento del motor a esencia, millares de años, millones de seres, pugnaron por esta fábrica intrincada que hoy maneja un hombre con escasos movimientos.

EL POETA

Te conozco, encantador: un montón de fierro viejo sobre ruedas. Te arrastras por el camino, crees volar, mas sólo el hombre aprisionó la energía del petróleo. Te embellezco, y haces mofa de mis palabras. Pues bien; te rebajaré a tu vil naturaleza mecánica. ¿Qué eres en verdad? Un esclavo de mi cerebro.



EL LOCOMOVIL

(sarcástico)

¿Qué sabes, tú, de metafísicas dinámicas? ¡Bah! Crees domeñarme y en el fondo yo te domino a ti.

EL POETA

¡Eres mi siervo!

EL LOCOMOVIL

¡Soy tu amo!

EL POETA

¿Por acortar el tiempo y transportarme donde quiero? Lo mismo hacen mis piernas. Menos presumía la alfombra mágica, conduciendo a su dueño por los aires.

EL LOCOMOVIL

Soy ubicuo...

EL POETA

...pero ciego. Sin mi mano, eres inerte. Ninguna marcha se anima sin que le imprima, previamente, su propio ritmo la máquina pensante.

EL LOCOMOVIL

Yo soy la fuerza en movimiento. Antes fué el hombre quieto, cauteloso; desde mi aparición volviéndose audaz, dinámico, nervioso. Su capacidad de rendimiento carga energía por mis dínamos. Soy el gran mago: convierto la semana en días, el día en horas, la hora en minutos, Reductor del tiempo, devoro también el espacio. El reposo, a mí lo debes; yo soy quien toma sobre sí la fatiga de la perpetua actividad. Sin mi ayuda tus deberes cotidianos serían tan pesados, que exhausto quedarías. Yo enseñé al hombre la rapidez de captación, el arte de aprovechar la energía retenida, la ubicuidad, la voraz aprehensión del mundo y de sus cosas. Para la vida afiebrada del moderno, soy el pan de cada día.

EL POETA

¡Osar comparanza con el pan! Blasfemas, locomóvil. El pan es requisito de la vida; tú eres útil sólo a la medida de la codicia humana. ¿Por qué nos movemos presurosos? Por codicia, por afán de vencer y poseer. En cuanto hombre de mi época, requiero tus servicios; en cuanto hombre eterno los rechazo, manchan el alma. Satánico eres. Vienes de un impulso ciego, marchas a la acción sin tregua... Cuando se detiene tu pequeña hélice ¿no sientes la dulce tentación de la quietud?

EL LOCOMOVIL

La quietud es mi muerte; el movimiento mi resurrección. Mientras la fricción de los émbolos comienza su noble juego, respiro el aire intrépido de la fuga. Ruge la hélice, trepidan los cilindros; las mil partes de mi ser entonan el himno arrebatado de la acción. Yo digo lo que aprendiste de mí: ¡correr, volar, atropellar!

EL POETA

(que ha realizado un viraje peligroso para no aplastar a un corderillo).

¡Cuidado! Casi lo tomamos...

EL LOCOMOVIL

¿Eres tú quien dirige o lo soy yo? Los crímenes de la velocidad de tu cerebro nacen. Yo anhelo llevarme todo por delante; ahí estás tú para evitarlo. ¿Por qué paras?

EL POETA

(deteniendo el locomóvil)

Me estabas robando el paisaje. Viejo asmático, déjame aspirar el perfume de los instantes tranquilos... ¡Mañana serenísima! ¿Por que me siento, ahora, tan dichoso? ¡Ah, ya lo comprendo...! Es que a la primera vibración del motor, se aleja el Ángel trémulo de la paz y lo sustituye el Ángel apostático del movimiento.

EL LOCOMOVIL

Vamos; al norte la ciudad espera.

EL POETA

Déjame soñar... Sumergido estoy en un remanso de ventura. El cuerpo todo quieto, el alma toda suelta... Arcanos de la contemplación.

EL LOCOMOVIL

¿Y los beneficios de un vivir inquieto? Cien vidas en una. Como el universo en expansión, el alma grande es el alma móvil, la ansiedad insatisfecha, el afán que se renueva y se trasfunde en los afanes. Es la era de la velocidad, de la conquista. No mires: vive, rueda, confúndete en el remolino.

EL POETA

Amo el tiempo antiguo.

EL LOCOMOVIL

Perteneces al nuevo, a la fuerza en movimiento, a la terrible hermosura del vértigo. Desplazo al hombre con tal rapidez sobre el mundo, que escamotea el tiempo y disgrega el espacio. Hombre y máquina marchan al sepulcro, pero hicieron tanto, unidos, que su huella es inmortal.

EL POETA

Sólo el alma es eterna y la idea que la copia y manifiesta. Por la idea y por el alma, vivimos lo profundo.

EL LOCOMOVIL

¿De qué sirve lo profundo? La máquina descubre el imperio de lo extenso. Allí caes en la hondura; aquí devoras planos, eminencias. ¿Para qué fuiste creado? Vencer, moverse siempre más allá!

EL POETA

Para moverme en el pensamiento...



EL LOCOMOVIL

Para trasladarte con el cuerpo. Gira con el astro y con el átomo; cuanto más veloz ¡mejor!
¿No enseña el filósofo que la vida es el movimiento? Pues bien: la velocidad es el aire de la acción.

EL POETA

(subiendo al locomóvil y poniéndolo en marcha)
¡Basta, basta! Tu cruel zumbido ahuyenta el pensamiento, disuelve las imágenes. Granas la fiebre, granas la tortura. Si te ansío un momento, te detesto cien. Odio el ritmo veloz con que me incitas a la voracidad. Está bien: me sirves, seguirás sirviendo, mas yo sirvo, a mi vez, a otros. Esclavo por esclavo. Pero yo mismo, yo en verdad, yo desnudo de fraude y de artificio ¿qué tengo de común contigo? Juguete del tiempo nuevo, acudo a ti para cumplir con el mundo. Varón libre y eterno, vuelvo a mis piernas para rescatarme en la quietud.

EL LOCOMOVIL

Divagando, divagando siempre. Pero alguna hora, de tus días, es siempre para mí.
¡Vamos; empuja el acelerador, gira con el mundo!

EL POETA

Se mueve el mundo en mí, no yo en el mundo.

* * *

LA CIUDAD

HOMBRE PRIMERO

¿Qué hace ese imbécil parado en la esquina?

HOMBRE SEGUNDO
Será un loco...

HOMBRE TERCERO
...o un vago.

HOMBRE PRIMERO
Interrumpe el paso. ¡Mirad: una mujer casi se cae al tropezar con él!

HOMBRE SEGUNDO
Llamemos la atención del vigilante.

HOMBRE TERCERO
Dejadlo; es un infeliz.

HOMBRE PRIMERO
Nadie puede ser infeliz en la ciudad. Los vagos, los mendigos, al asilo. La sociedad nos organiza en función de la urbe. Aquí estamos nosotros, ingenieros, midiendo distancias, calculando superficies, para abrir una nueva calle hacia el oeste, donde se apiñan los barrios populares. Pero ese tipo ¡diez minutos inmóvil! ¿Se habrá creído que esto es un descansadero?

HOMBRE SEGUNDO
Su actitud es una ofensa al espíritu de trabajo.

HOMBRE TERCERO
Una ofensa y un peligro. Todo hacer, todo estar, son contagiosos. Imaginad que otros sigan su ejemplo... ¡Vaya un parásito!

EL VIGILANTE (aproximándose al hombre de la esquina)
Siga su camino.

EL POETA
Estoy bien aquí.

EL VIGILANTE
¿No ve que impide el tráfico? ¡Despeje!

EL POETA
Soy libre: nadie puede torcer mi voluntad. Me quedo.

EL VIGILANTE
¡Hola: un anarquista! En la ciudad nadie es enteramente libre; dependen todos de uno, uno de todos. ¡Marchando! ¿No tiene nada que hacer?

EL POETA
Ya hice lo mío. Ahora descanso en esta esquina con perspectiva de montañas, mirando el horizonte azul, allí donde no llegan los cubos de cemento armado. ¿Está prohibido mirar?

EL VIGILANTE
Mirar no; detenerse si. ¿Por qué no sigue su camino?

EL POETA
La esquina es mi camino.

EL VIGILANTE
Las esquinas son lugares de tránsito. Pertenece a todos, pero nadie puede apoderarse de una en perjuicio de los demás. ¡Vamos, despeje, o lo detendré!

EL POETA
Haga como quiera.

EL VIGILANTE

(entrando a la comisaría con el hombre de la esquina)

Este hombre estaba parado en una esquina, impidiendo el paso. Invitado a despejar, se resistió.

EL COMISARIO

¿Qué alega usted?

EL POETA

Dijo verdad: miraba el horizonte desde una esquina y no quise retirarme.

EL COMISARIO

¿Mirando el horizonte, eh? Curiosa distracción... Aquí nadie piensa en el horizonte, ciudadano; se pelea por el núcleo. El centro es la meta de cada cual. No sea cándido; mire donde pone los pies y olvide las nubes.

EL POETA

¿Por qué se me injuria? Soy un hombre pacífico.

EL COMISARIO

¡Un hombre pacífico en el torbellino de la urbe! Está loco...Aquí no hay hombres pacíficos, señor mío. Jueces, delincuentes, justos, habitan el torbellino y el torbellino los habita a todos. Pero basta de explicaciones. ¿Cuál es su ocupación?

EL POETA

Puedo hacer cualquiera cosa, sin estar amarrado a ninguna. Mi profesión es el entusiasmo libre por el mundo y por sus cosas.

EL COMISARIO

¡Ah, estetismos! La ciudad se fundó sobre el principio del combate; sin combate no hay orden, sin orden no hay progreso. ¿Dónde iríamos a parar con el entusiasmo sin disciplina? Para subsistir, lo primero es luchar. Política, negocios, actividad sin reposo, esto es lo indispensable: la competencia que quita el sueño a los hombres. ¿Terminó su negocio? ¡A emprender otro! ¿No pertenece a un partido? Haga política, sea demócrata, opine, vote, relaciónese, ayude a otros y hágase servir por ellos. Pero quedarse quieto en una esquina. ¡Válgame Dios! Es usted un mal ciudadano.

EL VIGILANTE

(interrumpiendo)

Es duro, señor, no entenderá.

EL POETA

Entiendo, sí, mas no lo acepto.

EL COMISARIO

¡Alto ahí! La ley manda; no pregunta. Aquí el único autorizado para determinar cuanto se debe hacer soy yo. No tolero rebeliones. Usted es libre de pensar lo que guste, pero hará lo que la ley mande por mi boca.

EL POETA

La ley reside en el corazón del hombre, no en el código.

EL COMISARIO

¡Basta! El Estado está por encima de los individuos. Si vuelve a entorpecer el tráfico ¡al calabozo!

EL POETA

No creí causar daño; miraba solamente.

EL COMISARIO

Mirar, mirar. Vaya a mirar películas si quiere distraer los ojos.

EL POETA

No me agradan. Acumulan tantas cosas, que no se captura ninguna. La cinta del paisaje enseña; la cinta fílmica aturde y descompone hasta el vacío. No es el orden lógico de la naturaleza, sino la sucesión inverosímil de los hechos. ¿Basta ver? Ciega esperanza, vano afán del cinéfilo. Una imagen...y otra... y otra. No hay descanso.

EL COMISARIO

¡Demontre! No le gusta el cine... ¿Pero a qué tiempo pertenece este bicho? Usted está en la edad del clan y del garrote. ¿Por qué se asusta de ver mucho? Aquí miramos todo para organizarlo todo.

EL POETA

El ojo es ventana del alma. Lo sabía el antiguo; finge ignorarlo el moderno. Mirar es meditar; el mundo se recrea en el incendio amoroso que funde al que mira con la cosa contemplada. Mas seguir la atropellada sucesión de imágenes de un film, casi es no ver. Así fué tentado el Señor: todos los imperios del ver y del sentir, los goces y riquezas al alcance tuyo, pero ¡entrega tu alma! Yo quiero salvar la mía. Temo a la Serpiente de Cien Mil Escamas.

EL COMISARIO

¿Qué serpiente? Estamos hablando del cine ¡mil diablos!

EL POETA

¡Proponga usted algo mejor.

EL COMISARIO

(vacilando)

Este... Algo mejor que el cine... No hay, no puede haberlo. Es la diversión más barata, la más honesta. Vaya al fútbol, al circo, a un billar... ¡Qué sé yo! Sobran diversiones en la ciudad. Y si nada lo entretiene ¿cómo descansa los nervios?

EL POETA

Miro, medito, sueño. La trinidad de las rosas azules.

EL COMISARIO

Soñar en pleno día:.. La ley está en el corazón del hombre y no en el código... Rosas azules... Pararse en una esquina mientras todos pugnan por avanzar. ¡Está loco! Con gente así no podemos lidiar. ¡Bah! Dejadle ir. ¿No será un campesino extraviado en la urbe?

* * *



LA SIRENA

LA MUCHACHA

(surgiendo por un recodo del camino)
¡Señor, señor! ¿Por qué no me mira usted? Hace rato que lo sigo sin lograr su atención.

EL POETA

Prometí no ver muchachas. La tentación es la puerta del Pecado.

LA MUCHACHA

¿Pecado el verme? Si soy pura como la mañana: una pobre niña abandonada. Nada pediré, en nada comprometo. Pero que un hombre pase sin reparar en mi presencia... Ofensa es, señor, ofensa a la belleza.

EL POETA

(apretando el paso)
Te presiento, muchacha. ¿Para qué mirar? Bajo la vista, apresuro la marcha y me voy. Vendrán otros, otros mejores que yo, y les harás regalo de tu seducción.

LA MUCHACHA

¡No, no! Usted no se irá sin verme. Le seguiré: tan rápido como su paso el mío; tan tenaz como su resistencia mi porfía. Yo exijo admiración.

EL POETA

No soy libre, muchacha, no soy libre. Por la iglesia estoy unido y por la carne y por el alma, a la Bien Amada que me dió tres hijos. Busca ojos libres para la fiesta de tu hermosura.

LA MUCHACHA

¡Dijo que soy hermosa, dijo que soy hermosa! Su admiración es mía, y su mirar y su fervor. Yo quiero que me contemplen, aun los sujetos a otro yugo.

EL POETA

Tu beldad no es para mí...

LA MUCHACHA

Ella vive del amor de los corazones. Pero usted, el desdeñoso, ¿cómo cayó en mi red? Le ví cruzar, la mirada baja, el paso presuroso. Le seguí: usted siempre delante, en fuga; yo siempre detrás, en persecución. ¿Cómo sabe usted que soy bella?

EL POETA

Lo adiviné. No eres la primera ni serás la última que cruce mi camino. Mis ojos se negaron a regalarse con tu presencia; apenas te entrevieron... Mas los otros, los del mirar interno, brillaron como carbones en la noche. Entonces les metí más lumbre, apuré la combustión, sepulté su vida ardiente antes del estallido. Con el pecado, como con el peligro: terminar antes de perecer.

LA MUCHACHA

(despreciativa)
¡Medroso! Adivina lo espléndido... y escapa. Ve la planta del gozo a su vera, y en vez de alimentarse, la pisa. Pecado es contra el espíritu, impedir el ascenso de un deleite.

EL POETA

(compungido)
No sufras, niña. Tampoco yo quiero sufrir. ¿Es preciso manifestarte admiración para que seas dichosa? Dalo por hecho. ¡Pero déjame ir, vuelve tú atrás!

LA MUCHACHA

Ya no bastan sus ojos, ya no su admiración. Yo quiero su alma, siquiera un instante, ¡Su alma quiero yo!

EL POETA

El alma es un misterio sin entrega. ¿No se da el sol sin pertenecer a nadie? El mar —el mar tremendo — ¿puede confinarse en una cratera? La montaña — la montaña infinita — ¿desvanecerse en un soplo? Y sol, mar y montaña hacen un alma...

LA MUCHACHA

¡Yo quiero su alma, su alma quiero yo! Le daré, en cambio, mis labios de coral, el marfil de mi frente, mi cabellera de topacio, el crisoberilo de mis ojos. Haré ofrenda de mi cuerpo sin mácula, de mi espíritu soberbio, de mi juventud espléndida y elástica. Soltaré la cascada de las risas, bajo el iris de los mimos y las cuitas. Le ceñiré amorosa con la tela impalpable de la ternura, aquella que anuda a los amantes y los circunda con un halo antes del beso. Yo soy la vida y el júbilo del día.

EL POETA

(mirando al otro lado del camino)

Grande es tu generosidad, doncella, mas no miraré. Si me clavas los ojos, anclarían en mi alma. Yo parto, siempre, de un pensamiento a otro, de una emoción a la que sigue, de un anhelar a otro anhelar. Dardo sin blanco, flecha móvil, ¿cómo podría reposar en tí?

LA MUCHACHA

Las palabras lo defienden como eslabones de una cadena. ¡Mentira, mentira! El deseo, furtivo, brilla en sus ojos. Rompa su cárcel de temores. ¡Atrévase! Mi juventud marcha hacia usted...

EL POETA

¡Vete, niña, vete! También la noche y el alba marchan lado a lado sin juntarse. Si otro fuera, te amaría. Si otro fuera, a tí consagraría. Si otro fuera, de mi alma haría entrega. Más no me pertenezco: del bien soy, de los míos, de la hermosura extática del mundo. ¿Por qué arrastrarme al torbellino? Busca otro remanso para que copie tu belleza.

LA MUCHACHA

Cree ser fuerte, y en verdad es tímido, débil. Ofende su desvío. ¡Incapaz de coger el fruto del árbol, incapaz...!

EL POETA

Márchate ya, toma otro camino, déjame seguir el mío... Después de tentar mi castidad, hieres mi orgullo; pero mi alma no tendrás. Yo seré fuerte o débil; poco importa; ella es dura, incorruptible como un castillo de virtud.

LA MUCHACHA

(agachándose y mirándole a la cara con ojos ardientes)

¡Cobarde, soslaya el éxito, abandona el campo sin combatir! Castidad... ¿Acaso es monje? Y su alma ¿de qué la defiende?

EL POETA

No la defiende yo; ella cela por mí.

LA MUCHACHA

(llorando suavemente)

¿Una pobre niña es amenaza? No me insulte, señor. ¡Una pobre niña es amenaza! Usted me daña con su desprecio; yo sólo quería que me amara...

EL POETA

Niña, niña, no quise ofender. Amo la presencia de Dios en un rostro bello, mas no puedo rendirme a la pasión.

LA MUCHACHA

Me quiere y no me quiere. " ¡Qué desdichada soy! Detenga su marcha, un instante siquiera. ..Permita que descanse; enjugaré mis lágrimas en el fino vellorí de su saco...

EL POETA

(angustiado)

Tampoco el ardid de la piedad me hará caer. Basta niña, paloma y serpiente: no morderé de la manzana.

LA MUCHACHA

(sorprendida)
¡Uy, uy! ¿Por qué descubrir el enigma? Yo fui destinada a tentar, como usted a resistir.
Adiós, señor, me voy llorando, mas otro día Venceré...

(se aleja lentamente, mientras su llanto fingido se convierte en una risa maligna)

EL POETA

Acechado vivo por la jauría de las pasiones y los deberes. ¿Cual más peligrosa, más pesado cual? Tu seducción no es única, no anda solo tu peligro. Pasan, las horas, como lunas llenas. Pasan, los minutos, como pájaros veloces. Y yo en medio, solo contra tan numerosa turba: deberes, tentaciones, pequeños afanes, placeres, dudas, desaliento. Son los contratiempos; sé librarme de unos, dosificar los otros. Pero a la Sirena, origen del mundo, ¿quién puede resistir? Niña que te vas llorando, nadie escapará a embrujo. Porque soy vida de la vida, vuelvo origen tenebroso. Una tentación más... ¿Cuántas seguirán? ¡Es tan seductor el pecado, tan áspero el deber! Madura, Madura, Madura. Hombre de poca fé: Madura en la resistencia y el verbo...

* * *

LA CATEDRAL

UN OBRERO

¿Qué pasa? La cal y la piedra no agarran. Lo que hacemos por el día, una mano negra lo esfuma de noche.

OTRO OBRERO

Yo dije al capataz: fierro y cemento agarran mejor.

UN OBRERO

¡Fuera el cemento armado! Las catedrales requieren materia más noble. Palacios, almacenes, fábricas serán de concreto. Pero la casa de Dios, la casa del Hombre, deben tallarse en la piedra. Por los caminos de la argamasa se sube a lo alto. Una con otra, una con otra, una con otra es el himno triunfal de la piedra.

OTRO OBRERO

Las antiguas iglesias durarían más, si fuesen de duro cemento. Los templos pétreos se caen piedra por piedra.

UN OBRERO

Menos soportan las efímeras construcciones de hoy. Dura el cemento porción de los años más no de los siglos.

OTRO OBRERO

¡Oh el ignorante! La mezcla de concreto resiste mejor. Y sube ligero en el aire. Y cae con peso mayor a la tierra.

EL CAPATAZ

¡Eh, vosotros, a trabajar, zopencos!

(acercándose furioso)

UN OBRERO

Este dice que si fuera de cemento, la catedral crecería más rápido. Yo definiendo la nobleza vital de la piedra.

OTRO OBRERO

El no sabe que dice, él no sabe... El fierro es superior a la piedra; y en cuanto a la cal y el cemento, hermanos son, calidades de la argamasa. ¿No es su esencia la misma?

EL CAPATAZ

¡A callar! No gastéis energía en la lengua; toda la fuerza debe ir a los brazos. Dos metros cúbicos debéis alcanzar cada día. ¿A qué rezongar?

UN OBRERO

Yo ensambló las piedras con celo extremado. ¿Quién las remueve en la noche

OTRO OBRERO

Brujería será... Pero el cemento no teme a las brujas.

EL CAPATAZ

¡Silencio! El ingeniero se acerca.

EL INGENIERO

¡Como! ¿Aquí también? Un nuevo derrumbe... ¿Qué pasa, maestro? Haga rendir a su gente. (asombrado)

EL CAPATAZ

No me explico, señor... No me explico. Nunca vigilé mejor. Peso los materiales, mido el poder de los brazos, controlo el rendimiento de hombres y cosas. De los cuarenta confiados a mí, sólo flaqueó esta cuadrilla. (confundido)

UN OBRERO

No es cierto: trabajamos igual que los otros.

OTRO OBRERO

Es que nos dan malos materiales; por eso cede la obra.

EL CAPATAZ

¡Mienten los hombres! Podéis comprobarlo vos mismo. Allí está la cantera de donde se extrae la piedra fortísima. Mirad cómo hacemos la mezcla. Buena herramienta, recia madera, ladrillo cocido. Nada falta en el campamento; y lo que hay, es de primera calidad. (indignado)

EL INGENIERO

Es raro... Todo parece normal... Y siguen los derrumbes. ¿Doblaron la guardia nocturna?

EL CAPATAZ

No puede ser robo. ¿Quién robaría la Catedral de la Ciencia? Nuestra gente es honesta, ama el progreso.

EL INGENIERO

Enigma es. Y el derrumbe ¿dónde se inició?

EL CAPATAZ

Ved, por aquí. Reforzamos el cimiento, las trabas fueron de doble ligamen como vos indicasteis, el espesor de la mezcla no acusa falla. Los mejores hombres levantaron este muro. No entiendo cómo pudo caerse. .. (señalando una hilera de piedras removidas)

EL INGENIERO

¿El odio, la rivalidad separan a la gente?

EL CAPATAZ.

Buenos son; jamás hay pendencia. Solo estos dos que nunca se ponen de acuerdo; discuten, difieren, pero sanos son. Aquí no ha posado su planta el rencor.

INGENIERO

Ni falla, ni robo, ni descuido. Hay organización, disciplina; todo parece perfecto... ¡y es imperfecto! Si no interviene la mano del hombre, ¿qué puede ocurrir?

EL CAPATAZ

Acaso la mano del diablo... (temeroso)

EL INGENIERO

¡Ah, ah, supersticiones! La ciencia no admite prejuicios. Ni Dios ni Satán. Somos los forjadores del destino. El cálculo ahuyenta a las brujas; la inteligencia despeja los males. No habiendo una falla aparente, debe existir una falla invisible. ¡Ya daremos con ella! La fatalidad no existe sino para el vencido. ¡Vigilemos mejor! Teóricamente, no hay problema capaz de eludir la ciencia del técnico.

UN OBRERO

(al atardecer)

Hasta mañana, señor ingeniero.

OTRO OBRERO

Hasta mañana, señor, descansad.

EL CAPATAZ

Hasta mañana, señor, vigilad.

EL INGENIERO

Hasta mañana, hijos míos.

(pasan dos, tres horas
de muda vigilancia)

Cayó la noche; alerta seré. Aunque cielo y tierra se conjuren para impedirlo, yo haré que mi gigantesco edificio se levante del plano en que duerme, para habitar con su peso de piedra en los aires. ¿Quién osa destruir por la noche lo que se avanza en el día? Ya lo sabré... Y quien sea el autor ¡caro pagará!

(escucha un ruido detrás suyo y se revuelve
con presteza, divisando una sombra)

EL POETA

(avanzando sobre los escombros del muro
derruido)

¡Crear, crear, gozo del ánimo!

EL INGENIERO

(impetuoso)

¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

EL POETA

¡Crear, crear, dolor del ánimo!

EL INGENIERO

(empuñando un revólver)

Explíquese o disparo...

EL POETA

(impasible)

Yo quise lo inaudito para loar a la pequeña que se fué... Soñé un poema de majestad catedralicia... Olvidando que debía expresar un sentimiento, preferí el orgullo que lo manifiesta. En vez de sumergirme en la esencia, caí en el limo de las apariencias: estaba ciego. Ya no pensaba en versos, sino en columnas, bóvedas, nervaduras y vitrales. Despojado de la humildad del cazador de imágenes, me revestí de la soberbia del hacedor de formas. En lugar de canciones, cuerpos sólidos; en vez de ritmos aéreos, pasiones concentradas afirmándose en el espacio. Conforme mi sueño, frágil, se desvanecía, una altanera catedral reemplazaba sus líneas delicadas por otras más osadas y más fuertes. Sin advertirlo, la fuerza desplazaba a la gracia: ya no divisaba la aérea hermosura del ritmo con que giran las imágenes; solamente el gran poder sombrío de la masa arquitectónica. Olvidado del canto, me encendí en el raptó violento del escultor. Poderosa y eterna, la Catedral se alzaba a mi vera: un flujo de masas, de sombras y de luces. Veía un atrio monumental custodiado por Arcángeles... Naves mágicas que disparan al infinito sus arcadas. El crucero, de vastedad oceánica, hace cantar la luz por sus vitrales. Altísimos pilares... Ojivas pitagóricas... Rosetones solares y lunares... Las nervaduras de los arcos, remontan vuelo como cóndores audaces. Y al fondo, al fondo de imposibles bóvedas, más allá del crucero, bajo un ábside espantable donde solo alcanza el mirar del sueño, un santuario tan alto en su decoro, tan hondo en su misterio, que solo la música podría sugerir su pesadumbre...

EL INGENIERO

¡Mi catedral, la reconozco!

EL POETA

Mi templo ascendía por una escala de contrastes. Intemporal, inespacial, múltiple de planos y de enfoques. Suspenso entre la profundidad de las sombras y el pasmo de vibrantes claridades, crecía con la fuerza expansional del gótico radiante: gigante de estructura; tan ancho

de amplitud que reunía los horizontes; tan vasto de ambición que amarraba los cielos; mas todo, aun siendo desmedido, sujeto al principio de escalonamiento y subordinación. El equilibrio en la grandeza. ¡Yo, solo yo, director y obrero de tan alta empresa! ¿Qué buscaba mi orgullo? ¡Suprema osadía: la majestad inenarrable de una catedral vertiginosa, en un pequeño cerebro humano! Yo sería el primer arquitecto, el poeta más osado... Superando el puente de las generaciones, realizaría, solo, aquello que amasan los siglos. Doble era mi ambición: debía, el poema, articularse en la geometría de un templo; debía, el templo, resonar cual un poema...

EL INGENIERO

La Catedral de la Ciencia, la Catedral de la Ciencia!

EL POETA

Debía recordar a la pequeña que se fué... Pero en verdad servía mi ambición. Tan absorto iba en la empresa, que no sentí los pasos del Maligno. Socavé la tierra, planté fieros cimientos, alcé muros enhiestos, soberbias crucerías. Mi catedral se levantaba con un ritmo armonioso de planta o de mujer. Tan absorto iba en la empresa, que no reparé el suceso: ella crecía por un lado y se desplomaba por el otro. Solo el lienzo frontal y las bóvedas quedaban en vilo, como un sueño sin fin y sin principio, que está ahí, para ser soñado...

EL INGENIERO

Cometimos el mismo error: no supimos calcular.

EL POETA

No sé lo que ocurría... Tal vez yo mismo, ebrio de mi propia grandeza, tornaba a escombros lo concluso. ¿Qué sabe el creador de cuanto crea? ¡Angustia sacra de formar las formas! Me acostaba lleno de ardor, inmune a la fatiga, viendo crecer las líneas del templo como un himno. Despertaba trémulo y vencido, al estrépito de muros en derrumbe.

EL INGENIERO

Por mirar al conjunto, descuidamos el detalle. Es la falta de método, la poca vigilancia, lo que pierde la obra humana.

POETA

(reparando en el ingeniero)

Puede ser... Todo lo avanzado en el día, la noche lo tragaba. Juraría que luché miles de noches, con la fuerza de cien titanes, para acelerar la obra. Más siempre sucumbía en manos del recario: él me venció. ¿El Maligno o el Ángel del Señor? Aun no lo sé... Cuando comprendí que el templo jamás terminaría, lo abandoné al huracán de la derrota. Cayendo de rodillas, reflexioné sobre mi extraña locura. Con un cilicio crudelísimo, llaguéme el alma como no me llagaría el cuerpo; aprendí a medir, midiéndome. Prosternado en la tierra, presentí la estatura del cielo. Oré y fuí perdonado. Muerto el orgullo, sepulta la ambición, ahora solo sueño en un poema que loe a la pequeña. Tan simple como el trino de un pájaro; tan minúsculo, que podría grabarse con la punta de una aguja en el vértice de un triángulo.

EL INGENIERO

(adusto)

¡Loco estáis! ¿Por qué renunciar a la razón? Yo cuento con la lógica y el cálculo. Puedo equivocarme, pero corrigiendo el error, es siempre la victoria. Vuestro templo de sueños se derrumbó hasta el átomo. El mío, de números, crecerá hasta el astro.

EL POETA

La obra del hombre crece y se destruye sin cesar: como iglesias, hombres; como sueños, realidades. ¡No edificuéis sobre el limo de la vanidad!

EL INGENIERO

(acercándose al poeta que se halla junto a una hoguera)

¡Aguardad! ¿Qué os pasa? Hay una zarza ardiendo en vuestros ojos... Detrás de ella veo una iglesia miniada... Una pequeña iglesia maravillosa que se construye y se destruye sin cesar: crece por un lado, se derrumba por el otro... Pero sopla un viento extraño, y el movimiento de sus líneas se petrifica en la quietud. Ni arquitecturas en ascenso, ni formas en derrumbe... ¡Ah, cuán dichoso sois! La iglesia que copian vuestros ojos, termina para siempre y para nunca. Es un sueño...



EL POETA

Por el globo transparente de tus ojos, nada veo, ingeniero. Es el vacío... ¿De qué sirve la técnica inequívoca del número? Jamás terminará tu catedral científica, jamás... Vives vacío de fé. Las piedras que transportas en el día, se las lleva en la sombra el Maligno. ¡Ah, cuán desdichado eres! Niebla y ceniza habitan tus ojos. Niebla y ceniza tu espíritu. Niebla y ceniza tu obra.

EL INGENIERO

La sombra de un ala nigérrima me sume en la nada...

EL POETA

La sombra de un ala de nieve me tiene en el aire...

EL ARCANGEL

(proyectando las alas absortas
sobre la escena)

¡Exaltado será el que se humille. Humillado será el que se exalte!

* * *

Misterio de la Niña de la Estrella

Menuda, lejana, vibra serenamente.
Su verde luz, en filo de oro, fulgura
de alegría. Tiene la gracia henchida
de una pequeña rosa. ¿Por qué
lloras? Es ella, telegrafando un habla
misteriosa.

El gran zafiro tenebroso se embarga en su silencio. Nada dice al ciego; nada al sordo. Forma sin formas, música sin sonidos, el cielo estrellado es el día de la noche humana.

¿Por qué narro estas cosas? Y el pájaro ¿por qué silba? Hay un tiempo del portento y otro del recuerdo. ¡Ah el misterio que irradia la estrella! Detrás de las palabras, se mueven poderosas cordilleras. Consulté el caso a un astrónomo y me dijo: "Densificaciones estelares". Ví al óptico y sentenció: "Locuras de la vista". Llamé a la puerta del corazón, y de sus rubíes sangrantes subió una voz en sordina: "Mira y escucha". ¡Mira y escucha! Lo recuerdo como si fuera hoy mismo.

Era en el campo, a la hora que un clima de ónix disuelve las cosas, y una inmensa caricia sube del fondo de la noche vernal. Agazapados en la sombra, los ruidos dormitaban. Quieta la llanura. Los árboles inmóviles. El agua sin un pliegue. Tan hondo era el silencio, tan oscura la noche, como el vacío que sigue a la explosión orquestal. De pronto una franja luminosa partía el cielo en dos mitades; como la Escala de Jacob, subía al cielo y descendía al alma. Lentamente, la gran masa lumínea pasó de la quietud al movimiento. Cegóme el resplandor. Pero quise ver, oír como nunca se alcanzó; fortalecí mis ojos en la fé de comprender; agucé el oído hasta el rumor del estambre... Y al elevar la vista, ya pude sostenerla en el tropel de luz. Fueron dibujándose los cuerpos, la curva temeraria de las alas, caras y nucas con fulgor de soles: era un caer y un ascender de serafines. Tantos, que rompían el imperio del número. Su terrible hermosura no admite comparanza en las palabras. Se precipitaban como águilas furiosas; subían como dardos velocísimos. Todo rápido, cambiante, en la subitaneidad del relámpago. Entonces me fué dado salir del tiempo terreno y penetrar la hondura del espacio angélico. En uno, millones; un segundo, como siglos. Ahora, que lo cuento, me parece un sueño de sueños... Ayer, al presenciarlo, era más fuerte que la vida.

Miraba yo el suceso desde un arco vertiginoso, que se agrandaba y se reducía por ajena voluntad. Miraba, estaba en él... A veces creía estar empinado sobre un cono prodigioso, que se disparaba hacia lo alto, para dominar la escena. O suspenso entre cielo y tierra, sobre el abismo aterrador, giraba yo en el torbellino de luces y de cuerpos, participando en un drama del que era actor y espectador. Sí, yo estaba aquí... y allá... Más nadie parecía reparar en mi presencia.

Después un resplandor zafíreo se fué desprendiendo de la gran franja luminosa.

—Son los ángeles azules de la melancolía —dijo una voz lejana —.Y yo seguí tras ellos.

Caído el rostro, abiertas e inmóviles las alas, giraban con el ritmo extático de nubes perezosas. De súbito un relampagueo conmovió los aires: dos veces en la estatura, cuatro en la majestad del porte, un Arcángel se puso a la cabeza de la divina hueste. La silenciosa muchedumbre puso rumbo al territorio del júbilo; luego todos se apiñaron en el linde, mientras el Ángel Mayor atravesaba sus siete mares de música. Como el surco en la ola, su pena emergía fugaz, disolviéndose en el eterno juego de la eterna alegría. ¿Dónde iba, qué buscaba? Nadie lo dijo, pero marchaba pesaroso; siempre igual a sí mismo, sabiéndole distante se le sentía próximo. ¡Ah la belleza abstracta, anterior al pecado! Ni voces ni palabras. Se producía todo en un suceder ajeno al conocimiento. Mas yo, para evocarlo, recurro a la medida humana.

Por otra senda de música y de olas, tornó el Arcángel a la hueste angélica: doblada la testa, cruzados los brazos sobre el pecho, grave el ceño, se detuvo al centro de la turba. Y allí quedó como un árbol victorioso, que descuella y da sentido a la muchedumbre vegetal que lo circunda. Ellos venían, se retiraban, en un ritmo alternado de cercanía y de distancia. Se movían en ondas sigilosas, combinaban sus gestos y sus pasos con espontánea exactitud: danzaban. Danzaban en torno al Ángel Mayor, en una fuga circular, que con sus giros y sus raptos, era casi una clave de comunicación dentro del ritmo. Danzaban...



Entonces yo sentí que una daga me partía el corazón: había sorprendido el lenguaje de su ronda muda.

—¡Escuchad! —grité. —¡Escuchad! ¿Habláis de la Pequeña? Ella no puede morir... ¿Por qué traerla aquí? Detrás del júbilo ¿no está el Señor? Y en el Señor ¿no reposa la suma bondad? ¡Pedid por ella! ¡Dejad que crezca pura como un lirio!

Pero nadie me atendió. Seguían su girar armonioso en torno al Arcángel impasible. Eran cien, millares... Yo me revolvía entre ellos como una espada fulgurante: tocaba sus caras, batía sus linos despejados, pugnaba por detener su marcha. Vano esfuerzo; estaba sin estar entre ellos... Fuí al Arcángel, busqué la protección del árbol victorioso...y solo toqué una altísima escultura de granito. Para ellos seguía siendo el eje vivo de su danza y de su ser; para mí la Esfinge. Grité, imploré como solo puede hacerlo un padre en desgracia, pero las ondas que me traían al Ángel Mayor, me arrojaban de su vera; y un muro de alas y de linos se fué cerrando como una torre en torno a la escultura de granito. Entonces comprendí que no sería escuchado; y me arrojé al abismo, al abismo vertiginoso, porque no ser oído es el castigo peor reservado al hombre. Y alguien siguió atendiendo por mí.

Al centro de la torre, Arcángel, árbol o escultura, parecían pensar: "Tu voluntad sea en nosotros". Y de las túnicas ondeantes, y de los giros armoniosos, partía un clamor sin voces: "Tu voluntad sea en nosotros, tu voluntad sea en nosotros".

De pronto se disolvió la ronda, y los espíritus alados se apiñaron sobre el filo de la noche para mirar la tierra.

Y otra vez la voz lejana batió el aire:

Mirad, la niña ya no es...!

¿Lloran los celestes seres? Lloran y deploran los espíritus alados. Miraban los seráficos hacia donde apuntaba la diestra del Arcángel, en silenciosa pesadumbre. Y otras voces ajenas a la hueste angélica, rodaron por el éter:

- Entra al último frío: la muerte de la vida.
- Nace al juego primero: la vida de la muerte.
- ¡Dormida está como una estatua!
- ¡Vibrante y pura como un sol!
- Niña del júbilo que canta...
- Niña del trino de cristal...

Impulsado por secreta ansiedad, el Ángel Mayor escrutaba el horizonte. ¿Dónde irá? — se preguntaba la divina hueste —y bogaban todos por un mar de incertidumbre. De súbito un chasquido en el temblor de remos de la marinería —¡esperad: en vez de acercárenos se aleja! — y absorta quedó la muchedumbre angélica. Absorta en el ascenso de un alma y su destino.

Subía un alma o su designio al éter insondable. Mitad niña, mitad serafín, exhalando su propia música subía. Como castillos en derrumbe, las nubes se abrían a su paso. Nubes de encaje, de nieve, de metal. ¡Oro, zafiro y nieve. Nieve, zafiro y oro! Y ese raptó de amor, ese trance de luz que sube con ímpetu de flecha ¿de dónde vino, a dónde va? En el ascenso velocísimo, en el torbellino de luz que se movía sin reposo, podía verse el rostro maravillado de una maravillosa criatura. La niña que surcaba el éter ¿no era la misma que dormía en tierra? ¡Alma, centella, niña, querubín! Como el capullo que se abre al misterio de la flor, se transfiguró la pequeña viajera dormida: una estrella lució en el alto cielo.

—¿Cual es, cual es la nueva estrella? — preguntaban voces ansiosas.

Y del fondo de la noche respondieron:

—Aquella, la menuda, la lejana: en cerco de oro, una vivísima esmeralda. Podéis reconocerla, porque como el corazón que nunca olvida, tejió sus hilos de melancolía.

Callaron las voces. Hizo un signo el Arcángel con la diestra, y los seráficos se fueron hundiendo en la distancia. Cada vez más lejanos... Cada vez más sutiles...

Entonces el resplandor azul volvió a fundirse en la gran franja luminosa que partía el cielo en dos mitades: torsos como relámpagos, espadas victoriosas, vértigo del movimiento y de los números. En un tropel de luz, bajaban y subían serafines. Los cuerpos ágiles, vibrantes. Las alas temerarias. Caras y nucas con fulgor de soles. Ofuscado, cerré los ojos. Y al volver a abrirlos, el zafiro inalterable de la Noche, entonaba el himno feliz de su poder.

* * *

Misterio de Rosa de Luz

"Al fin el mundo es sueño,
al fin el sueño es mundo."

RILKE

—
"Casi todo lo que sucede
es inexpresable; y se cumple en
una región que palabra alguna
ha hollado jamás."

NOVALIS



COLOQUIO DE LA DESESPERANZA

EL SACERDOTE

¿Hasta cuándo, hijo? No es esto cristiano; el Señor manda sobreponerse a la aflicción. Somos amos de la vida? Solo Dios traza la línea del destino, prolonga o corta la existencia, marra y desata los afectos. Lloramos ausencias que parecen muertes, cuando hay muertes que acrecientan vida. Un arcano, por encima de nuestra comprensión, preside el perecer y el renacer de los espíritus. Se aterra, el hombre, perdido entre los astros y el universo corpuscular, y quiere medir la intención de su Creador, abismo de abismos que nadie vislumbró. El alma, cosa grande, maravillosa, henchida de majestad y novedad ¿cómo podría entenderse dentro de la medida humana, si es emanación divina? Nada de cuanto nos sucede está demás: todo tiene sentido, un fin recóndito. No nos alcemos, pues, contra el Señor, acatemos su designio, que la resignación es norma del cristiano.

EL PADRE

Resignación... Resignación... Siempre la odiosa palabra inútil... Fácil es, al que no sufre, aconsejar resignación.

EL SACERDOTE

Te equivocas; yo sufro por todos los que sufren. Daría todo cuanto soy por aliviar tu carga.

EL PADRE

Palabras generosas... ¿De qué sirven?

EL SACERDOTE

Cierto que son pobre cosa, una tímida ofrenda para la hoguera en que te consumes. No tengo más que darte; de tenerlo, también te lo daría.

EL PADRE

Nada necesito: ni compañía, ni consejos. Menos compasión.

EL SACERDOTE

Eso es orgullo, hijo, orgullo rebelde que mancha la santidad de la aflicción. Hay algo morboso en tu actitud; se diría que gozas en sufrir...

EL PADRE

El simulacro de júbilo en la boca del triste, no es cosa propia, sino residencia del bien perdido. Lo estable... un penar sin esperanza.

EL SACERDOTE

¡Cuán errado tu juicio! El hombre sin esperanza desciende a la bestia.

EL PADRE

La bestia herida solo quiere descansar...

EL SACERDOTE

Pálido estás y magro y consumido. A poco más, el ánima te llevará al sepulcro.

EL PADRE

Ella, en cambio, cada día más fuerte. ¡Ah la melancolía! Abeja delirante, sorbe los jugos de mi cuerpo, seca las potencias del espíritu.

EL SACERDOTE

Melancolía, perfume de almas. Tú padeces cosa más grave: la angustia, llaga viva, que roe sin descanso. Muerte secretan sus linfas... ¡Aparta el lauroceraso de tu boca, aparta!

EL PADRE

¿Qué puede el consuelo del justo, qué la razón del sabio frente a la desgracia? Un ser que muere es para siempre.

EL SACERDOTE

¿Y la vida eterna que nos fué prometida?

EL PADRE

¡Mentira! Solo el mundo existe, sus vanos res y su miseria lamentable. De harina de destrucción nos hacen...

EL SACERDOTE

El mundo es solo un espejo.

EL PADRE

La eternidad es una ficción.

EL SACERDOTE

No blasfemes. Y el recuerdo ¿nada te dice? Vuelve a las horas dichasas; evoca...

EL PADRE

¡Palabras estériles! Ayer... Mañana... Raptos de la esfinge. El dolor es presente puro; su ascender de hielo no mira nunca para atrás. Arriba, abajo ¿qué más da? Alma que sufre más, mejor conoce. ¿Vivir? Un soplo. Después nada.

EL SACERDOTE

Una ley divina ordena aceptar el mal con la misma fortaleza que acogemos el bien.

EL PADRE

Reniego de las leyes divinas y humanas: engañan. No hay Dios, destino, azar ni libertad; solo un impulso ciego hacia la muerte. Del eterno naufragio nadie salva; fuimos condenados a desaparecer.

EL SACERDOTE

¿Cómo caíste en tamaña poza de confusión? Desespera el condenado; tú eres solo un afligido. Cree ser salvado, y salvarás.

EL PADRE

¿De qué sirve la fé al desgarrado?

EL SACERDOTE

Almas resucita...

EL PADRE

...pero no puede revivir los cuerpos. ¡Ah el que amó un hijo de su ser y lo perdió! La inmensidad de los espíritus celestiales, nada es ante una criatura. ¡Maravilla del mundo! Una pequeña criatura dotada de voz y movimientos, de risas y de lágrimas, de acciones y pasiones subitáneas. ¡Oh heridas que siempre sangran! ¿Puede expresarse lo inefable? Se diría un pedazo de sol entre las manos; pero esa lumbre no quema, ilumina; no consume, conforta y acrecienta. ¡El sol, el sol, el Dios primero! Y la niña desaparecida, chispa solar, última dicha. ¡Ah, nada debo decir! Era el secreto de la luz, de la danza, de la trémula alegría...

EL SACERDOTE

La grandeza del universo no puede confinarse en un afecto. Eso es ir más allá del egoísmo, caer en idolatría; y el idólatra, olvidado de su creador, no entrará en el Reino de los Cielos.

EL PADRE

Sólo hay reinos terrestres, tan deleznable como nuestra mísera envoltura. ¿Queréis representar la farsa teológica? No creo en ella: ni cuerpos resucitan, ni seres queridos volverán a reunirse en la ribera ulterior.

EL SACERDOTE

Deja pasar los minutos, así, largos y profundos como un río que se lo lleva todo ¿Lo ves? Ya estás más tranquilo.

EL PADRE

¿Es que hay reposo en la desdicha? Desesperanza, alquimia lánguida, yedra fatal que sorbe cuerpo y alma.

EL SACERDOTE

Desesperanza... ¿Y si fuese una forma inactiva de la esperanza? Tal vez la superación transitoria de la voluntad por el dolor.

EL PADRE

Casuísmos. Lo mío es un cuerpo tangible, hecho de anillos, polos y zonas sensorias. Duele el dolor del ánimo más que una herida. Mil bocas tiene y cien mil garras muerden por ellas...

EL SACERDOTE

Si fueses un alma sencilla, libre de cavilaciones. Tu virtud es tu desgracia: la imaginación te tiene atado.

EL PADRE

Encadenado vive el hombre, encadenado a lo fatal y transitorio. Todo miente: acción, pasión, encantamiento. Solo el dolor es cierto; el dolor genesiaco, palingenésico, matriz eterna de todo lo creado.

EL SACERDOTE

La alegría es el trigo de las almas.

EL PADRE

Ella huye del hombre. La pena nos habita.

EL SACERDOTE

Se aleja, sí, mas puede retornar...

EL PADRE

¿Retornar? ¿Que la alegría puede volver? Simpleza... La dicha perdida no regresa nunca. ¿Es que algo vuelve verdaderamente? Lo vivido, pericido.

EL SACERDOTE

Incrédulo: donde termina la duda, empieza la fé. Dolor, ¿quien no lo padeció? Y en el fondo ¿qué es? Anhelos de volver a lo que fué.

EL PADRE

Nada espero, nada ansío. Dejadme solo.

EL SACERDOTE

Quiero rescatar tu alma del infortunio. En verdad ella no está perdida; duerme. El Señor ha dicho: la virtud divina, se fortalece en la debilidad humana.

EL PADRE

No soy débil, fuerte soy. Mi pena es un bastión incommovible.

EL SACERDOTE

Un mísero cerco de barro.

EL PADRE

Intentad echarlo abajo. ¡Cómo me reiré de vos!

EL SACERDOTE

No el que resiste, el que persiste triunfa. Tu angustia fué forjada de orgullo y rebeldía. ¿Por qué no resignarse? Hiere la Espada del Señor, hiere sin tregua... Sin avisar, sin explicar, hiere la Espada del Señor. Soporta el tajo, restaña la herida, mas no sucumbas. Renunciar a la esperanza, es sucumbir.

EL PADRE

El corazón lacerado, como la fibra muerta, no responde: fué.

EL SACERDOTE

Solo el amor revive, pero el amor no condiciona. Es pura entrega.

EL PADRE

Entregarme... ¿A quien? ¿A la loca fantasía, a la falaz imaginación, a la ciega esperanza? ¡Las Tres Sirenas Verdes del Dolor!

EL SACERDOTE

Seducen las sirenas; yo digo verdad. Nutro las almas que es más que alimentar los cuerpos. Vuelve a tu Señor: quien te llagó, te sanará; quien te afligió, reparará. Espera y confía, es todo el misterio de la fé.

EL PADRE

No hay misterio, secretos no hay, ni aquí ni allá... El mundo es uno solo; simple y directo, cruel, contradictorio. Las almas, como la naturaleza, juguetes del instante, caprichos de la forma fugaz. Todo huye, nada subsiste, perece todo... Del espejismo de la nube fuimos hechos. Pasar y nunca regresar: ¡esa es la ley!

EL SACERDOTE

¿Y el recuerdo, la unción con que las almas evocan a las almas?



EL PADRE

Es solo la persistencia de las células muertas en las células vivas.

EL SACERDOTE

¿Y la bondad humana, que se alimenta del pan celeste, nada significa?

EL PADRE

Mentira. Hombre y naturaleza se miden en la discordia.

EL SACERDOTE

¿Y la resurrección del cuerpo que aguarda al espíritu inmortal?

EL PADRE

Invenções teológicas, invenciones... Solo existe la angustia, que nace del vacío y hacia su propia sima me devuelve. ¡Idos ya, sacerdote! Perezca yo antes que esta llama que consumiéndome, la vida me concede. Amo la tristeza del bien perdido para siempre jamás; su norma estricta y dolorosa guía mis pasos. Un viento funeral disuelve la hermosura de las cosas. De testo las palabras inútiles que fueron pronunciadas. ¡Idos ya, sacerdote! Nada creo, en nada espero. ¡Que la Noche sea en mí definitivamente!

* * *

COLOQUIO DEL RECUERDO

EL PADRE

Fué algo extraño... Yo estaba al pie del sauce, mirando el paso de las nubes, cuando el trino de un pájaro me traspasó el corazón. Amo el canto de los pájaros, sé cuando expresan pena o alegría. Pero ayer, ayer era algo extraño: un silbo prodigioso...

LA MADRE

Ah, el ruiseñor.

EL PADRE

No, no era el canto deleitoso del ruiseñor. Solo dos notas breves y un corto trémolo. Un motivo melódico simplísimo, pero tan cargado de ternura, que salía al encuentro de las lágrimas. Yo lo escuché una vez... y sentí que algo se quebraba en mí. Dos, tres veces más... quedé extasiado. Silbo de pájaro, caricia dulce y triste, ficción incomprensible... ¿Qué sería? Prendió en mi corazón y me llevó suavemente, como si fuera un viejo navío en pos de puerto.

LA MADRE

Delirios, de día y de noche, delirios. ¡Santo Dios! ¿Por qué no trabajas? Ocupate de algo, muévete. La imaginación te matará.

EL PADRE

¿Para qué trabajar? Tenemos lo preciso. Y ella... ella ya no está...

LA MADRE

Olvida esa idea. Yo ni la nombro ya... Olvida, olvida; o finge que olvidas. Pero no des vueltas en torno a tí mismo, como si te pisaras los pasos.

EL PADRE

La pena, como el círculo: cuando se hubo cerrado, ya nada penetra a su interior.

LA MADRE

Aleja esa obsesión, cambia de actividad. Ya ves: yo sigo en lo mío, sin dejarme arrastrar al desconsuelo. Y no sé... A veces pienso que en la juventud nada es irremediable.

EL PADRE

¿Otros hijos? Los que no se lleva la muerte, son arrebatados por la vida. ¡Ah no, nunca, jamás...! Prefiero el estupor del sueño: hilo versos como hebras, como hebras imágenes, palabras. Y al cabo ¿qué? Ni versos, ni hebras, ni palabras... Solo el vacío de la Rosa Negra.

LA MADRE

Estás cansado; apoya la cabeza en mi regazo y duerme, duerme de verdad, no sueñes.

EL PADRE

No puedo dormir. Siento el latido numeroso de las flores, el rumor serenísimo de las piedras inmóviles. Una paloma blanca cruza en raudo vuelo. ¡Mírala! Es un presagio de ventura.

LA MADRE

Cierto, es bello, pero más me gustaría que descanses. Haz un pequeño esfuerzo, duerme.

EL PADRE

Estoy cansado de dormir. Quisiera verla una vez más... ¡Solo una vez!

LA MADRE

¿No la ves continuamente? Su imagen está siempre ante mis ojos.

EL PADRE

No, no es eso, no es...

LA MADRE

Mira el medallón que llevo sobre el pecho: en él está su rostro, tal como ella fué...

EL PADRE

¿Para qué sirve el retrato del medallón? Todo inmóvil, frío, como el mármol de la tumba. Ojos sin vida, boca sin habla, cabecita yerta. .. El rayo de luz, la ofrenda pura de la existencia, no alientan en la estampa. Esa norma de alegría que habita el movimiento, ese raptó de planta, ese júbilo de estrella, esa vibración poderosa y sutil del ser vivo ¿por dónde asoman en el trance muerto de una imagen? Recluso en la persona vive el misterio de su simpatía. Ida ella, es ido él. Nada dice la estampa, nada dice...

LA MADRE

Pensé que viéndola, recordarías.

EL PADRE

Solo recuerdo la quietud del camposanto, el cofre en que se halla adormecida...

LA MADRE

Cabía en el pequeño hueco de mis manos...

EL PADRE

¡Calla, calla, no quiero hablar de lo que fue...

LA MADRE

Viendo su imagen, la memoria de los días dichosos se agolpó en mi corazón.

EL PADRE

Escucha... ¿Qué rumor es ese? Una campana de cristal echa sus sonos por el aire.

LA MADRE

Es el canto de la alondra.

EL PADRE

No, no es el canto de la alondra. Es algo que evoca un pasado ya distante... Pero estas lágrimas ¿por qué son?

LA MADRE

Ese trino mueve al llanto...

EL PADRE

¿Trino? Parece el tierno reír de un infante...

LA MADRE

...o de una niña. ..

EL PADRE

¡De una niña, sí! Es la ventura de su primera risa. Inclínados sobre una carita morena, espiamos el nacimiento del júbilo infantil. Risa primera de nuestra pequeña, dulce como una promesa de amor... Escuchándola estoy...

LA MADRE

¡Oh, qué absurdo! Rechazas el testimonio de los ojos, y fías del oído. Ilusión fué.

EL PADRE

Era ilusión... Es cierto... Pero hubo una vez una niña que tenía la gracia ligera de los pájaros del bosque. Mis ojos, los anhelantes, la miran todavía: más linda no sería una azucena ni la púdica rosa, ni el capullo que se abre al misterio del alba. Era una fiesta de hermosura... Qué puedo yo decir, si miraba el mundo a través de sus ojos oscuros?

LA MADRE

¡No la nombres, no la nombres!

EL PADRE

Íbamos por el bosque cuesta arriba, volvíamos del bosque cuesta abajo. ¿Cómo supe que el paisaje tiene un alma vibrante? Fué la niña que lo reveló con su tacto sutil, con ese mirar resplandeciente que ardía bajo el sombrerito alón. El habla de las flores, el vuelo del pájaro, los signos enigmáticos del guijarro, de la hormiga, del árbol, ¿no están contenidos en la delicadeza del gesto infantil? Y ella, al centro, portadora de luz y de alegría, como el rubor de la rosa, que enciende todo lo que toca.

LA MADRE

Volvía con un manojito de flores que echaba en mi regazo.

EL PADRE

Y se perdía, luego, tras el vuelo de la mariposa... Iba y venía con un vagar de hoja en el aire. Tan leve, que no se le sentía el paso. Tan fina, que no la estremecía el grito.

LA MADRE

En el timbre de su voz, cifraba toda mi alegría.

EL PADRE

Baluceo infantil, habla seráfica. Era más que la música... Oyéndola, brincaba yo del lecho, alegre y animoso para el combate de los días.

LA MADRE

¿Y los juegos que ella inventaba? Esa inteligencia maravillosa, pronta a descifrarlo todo; esa dulce cabecita inquieta...

EL PADRE

¡Caprichos de mi niña! Por uno solo, diera la vida entera.

LA MADRE

¿Por qué se exalta el celo materno? Velar, cuidar una hija, no es obligación; es dicha pura. Perfuma la rosa sin saberlo; consagra la madre su vida sin sentirlo. Las horas que yo dí a la niña, acrecentadas fueron por el gozo que me devolvían.

EL PADRE

Antes de dormir pedía un cuento. Yo ponía a sus plantas montañas, bosques, árboles, palacios, gnomos, animales: la madeja sin fin de la invención. Y conforme crecía el relato, crecía el asombro en sus ojos oscuros.

LA MADRE

Al caer la tarde, pegaba su carita ansiosa al ventanal, esperando tu llegada. ...

EL PADRE

¡Ah el que tuvo una hija de su carne y de su ánima! Un orbe de alegría, en un tierno torbellino desprendido de tu ser.

LA MADRE

Esa pequeña niña que acunaban mis brazos... Esa pequeña niña que dormían mis besos...

EL PADRE

Unos dedos ligeros, como aletear de pájaro, suelen rozar mi frente.

LA MADRE

¿Y el genio travieso que vivía en ella? Palabras adorables. ..

EL PADRE

Era un vuelo de flechas por el aire. Se perdieron.

LA MADRE

¡No, no se perdieron! Aquí están, dentro de mí, resuenan todavía...Todas están, las recuerdo todas, como la fragancia de sus cabellos, la suavidad de su piel, la ternura de sus mimos... La medallita que brillaba sobre su pecho... El llanto del primer juguete roto... La muñeca que dormía con ella... Las preguntas inverosímiles que nos arrancaron lágrimas de gozo...

EL PADRE

Era un rodar de voces, de risas y de llantos. ¡Alma vibrante! El enigma infantil cabe en una sonrisa o una lágrima.

LA MADRE

Recuerdo cómo bajaba los tres peldaños del cuarto: vuelta de espaldas, deslizando primero los piececillos, luego el cuerpo, al fin las manos. Después corría al lecho, y en sus bracitos aprisionada toda la felicidad del mundo.

EL PADRE

¡Una niña, una niña! Pequeña diosa que nos somete sin violencia. ¿Qué valen todas las filosofías frente a la sonrisa de una niña? Pero el milagro de amor es uno solo, intransferible: todas las niñas de la tierra, viven en tu niña. Tu niña es todas las niñas de la tierra.

LA MADRE

Esa forma menuda, que llenaba la casa con sus gritos y sus juegos.

EL PADRE

Esa presencia aérea que mandaba sin saberlo. Una vocecilla gobierna con olidas de ternura el universo.

LA MADRE

¡Bendito el don de protección! La pequeña lo esperaba todo de nosotros...

EL PADRE

Cogidos de su tierna mano, podríamos ir donde no llegarían los emperadores de la tierra.. .

LA MADRE

Dulce pequeñita nuestra... ¿dónde iría?

EL PADRE

Espera, espera, ya volverá...

LA MADRE

Dulce pequeñita nuestra... ¿por qué tarda?

EL PADRE

Se fué, se fué... Tal vez no vuelva ya... Pero escucha... ¿Qué rumor es ese...?

LA MADRE

Nada oigo...

EL PADRE

Es una voz que asciende lenta, suavísima... ¿Por qué tan queda?

LA MADRE

¡Oh, ya divagas! Enjugaré mis lágrimas, llevaremos flores a su tumba, y no volveremos a evocar estas cosas tan bellas y tan tristes...

EL PADRE

¡Aguarda, aguarda, no rompas el hechizo! ¿Qué murmullo es éste que me traspasa como el silbo del pájaro en el bosque? Ya percibo su tono, enlace las sílabas, alcanzo su mensaje... ¡Es imposible que no llegue a tus oídos!

LA MADRE

Te fatigas, más vale reposar. Estamos solos, y solo escucho tu voz...

EL PADRE

Entonces, si solo oyes mi voz, recoge por ella lo que escucho yo. Te diré cuanto ella diga, tú lo repetirás, luego yo una vez más, para convencerme que no sueño. ¡Escucha, escucha lo que ella dice!

LA VOZ QUE HABLA A TRAVES DEL PADRE

El deseo anuncia el futuro.

LA MADRE

El deseo anuncia el futuro.

EL PADRE

El deseo anuncia el futuro.

LA VOZ QUE HABLA A TRAVES DEL PADRE

Bienaventurados los que creen.

LA MADRE

Bienaventurados los que creen.

EL PADRE

Bienaventurados los que creen.



LA VOZ QUE HABLA A TRAVES DEL PADRE

Pensar en Ella es invocar la Gracia.

LA MADRE

Pensar en Ella es invocar la Gracia.

EL PADRE

Pensar en Ella es invocar la Gracia.

LA VOZ QUE HABLA A TRAVES DEL PADRE

Creo en la resurrección de la dicha.

LA MADRE

Creo en la resurrección de la dicha.

EL PADRE

Creo en la resurrección de la dicha.

LA VOZ QUE HABLA A TRAVES DEL PADRE

Nuestra pequeña Beatriz...

LA MADRE

Nuestra pequeña Beatriz...

EL PADRE

Nuestra pequeña Beatriz...

LA MADRE

¡Tumultos de alegría surcan mi corazón!

EL PADRE

¡Un resplandor extraño sacude el aire puro!

LA MADRE

¡Milagro, milagro! Es como si la pequeña
estuviera conmigo, aunque mis ojos no la vean...

EL PADRE

¡Milagro, milagro! No la tocan mis manos,
pero ella está conmigo...

LA MADRE

¡Su llanto mis párpados llena!

EL PADRE

¡Invade su risa mis venas!

LA MADRE

¡Es ella, es ella, es ella!

EL PADRE

¡Es ella, es ella, es ella!

* * *

COLOQUIO DE LA DICHA QUE RETORNA

EL PADRE

¡El silbo del pájaro, otra vez el silbo del pájaro!

EL PAJARO DE LA TARDE

I-u, i-u, i-u-u-u-u.

EL PADRE

¿Qué será? I-u, i-u... Dos notas breves, límpidas... Y el trémolo final va a morir sobre unas playas de ventura.

EL PAJARO DE LA TARDE.

I-u, i-u, i-u-u-u-u.

EL PADRE

Singular encantamiento: cada vez que se escucha, cala más hondo... Desde el principio del mundo, un trino se apoderó del corazón humano; pero estaba olvidado el sortilegio, olvidado... Para llegar a la verdad del pájaro, habría que salvar los nueve Desiertos del Dolor.

EL PAJARO DE LA TARDE

I-u, i-u, i-u-u-u-u.

EL PADRE

Dichosa ofrenda: risa y llanto en una sola raíz de luz. ¿Qué relación oculta, qué finísimo hilo se tiende entre el deliquio alado y mi dolor mortal? Dijérase que esas dos notas, transidas de ternura, fueron hechas para transmutar el sufrir en alegría. Misterio triste-alegre ¿quién eres tú, silbo que llega a mí? Y la niña que se fué... ¿qué hace en medio de esta radiante melancolía, qué hace? I-u, i-u... ¡Oh clave de dolor vuelto alegría! Si me fuese dada inocencia de niña para entender habla de pájaro...

ELPAJARO DE LA TARDE

I-u, i-u, i-u-u-u-u. Los dos cabos de la pena son amor.

EL PADRE

¡El Señor es grande, misericordioso es el Señor!

EL PAJARO DE LA TARDE

Te fué donada la pasión de recordar, como ayer la virtud de sufrimiento.

EL PADRE

Esta esperanza tierna, fugitiva, que a veces me anega en llanto las pupilas, y otras me infunde un suave bienestar, como si la pequeña jugara ante mis ojos ¿es don de Dios?

EL PAJARO DE LA TARDE

Don de Dios es, mas no el pan de cada día.

EL PADRE

¡Ah, ya veo: me preparas el desengaño! No es desconfianza, mas aun ronda en mi celda el lobo de la duda. Al menor desfallecimiento, me cogería por el cuello; sus dientes poderosos triturar, su lengua negra escupe fuego.

EL PAJARO DE LA TARDE

Desecha el temor, espera...

EL PADRE

El ser vivo ¿puede aguardar? Vivimos en ansiedad corpórea.

EL PAJARO DE LA TARDE

La dicha aguarda; no se da. Hay que saber merecerla. Substancia mística, huye de la codicia de las manos. Es más un irradiar que un entregar. Alma inquieta, se altera y se confunde. El reposo es el tiempo del milagro.

EL PADRE

¡El reposo, sí, el reposo! Cierta noche estaba yo en vigilia: el silencio era tan profundo, que llegaba a la dureza del diamante. De pronto una tenue claridad rasgó la sombra; y se hizo más intensa, más intensa... No puedo describirla... ¡Esparcía una dicha indecible! ¿Brilló un instante, dos, tres...? Lo ignoro. Acaso venía de un tiempo sin fronteras. Creo que venía a mí. Después... no sé... no sé si se expandió en mi interior o se disolvió fuera...

EL PAJARO DE LA TARDE

Aquel que entró al enigma, puede ahondar.

EL PADRE

¡Si alcanzara la imagen de mi próximo sueño!

EL PAJARO DE LA TARDE

He aquí: Maya, la ilusión, no existe. Se viaja en el tiempo, como se viaja en el espacio. Entra en el sueño, carne humana; recibe al sueño, espíritu inmortal. Arriba es igual que abajo, diestra y siniestra igual. Y el triángulo y el círculo, como el vino y el pan: transfiguraciones.

EL PADRE

¡Sueño invádeme, te penetro sueño!

EL PAJARO DE LA TARDE

El misterio del verbo y la imagen haga.

EL PADRE

¡Ah! ¿De dónde ha brotado esta rosa azul? Azul la rosa y su esplendor de oro. Lentamente, del arrobamiento de sus pétalos, se transflora un rostro de niña. ¿Es una flor nocturna? ¿Es la pequeña Beatriz, la que nombra el recuerdo con labio de cristal? Geometría de la Rosa y de la Niña. Llega mi corazón al extremo donde termina la alegría... Piel infantil, pétalo suavísimo; carne de seda, róseas seducciones. ¿Sueño del místico, mística del sueño? Era un rostro de niña en una rosa, era una rosa en rasgos de una niña. Busco el latido de la niña: palpita la flor. Me aproximo a la flor: ríe la niña. ¡Rosa la Niña, Niña la Rosa! Y la Niña y la Rosa y el Sueño y el Sueño y la Rosa y la Niña!

EL PAJARO DE LA TARDE

La rosa azul, que es rosa arcana, cosa divina en trance humano. Radiar de oro en campo azul, materia no del ver ni del oír aislados; más un manar interno, que es ver oyendo y escuchar mirando.

EL PADRE

Instante inefable.

EL PAJARO DE LA TARDE

Inefable hora.

EL PADRE

¿No fué solo un instante? Saeta de alegría en rauda fuga. ..

EL PAJARO DE LA TARDE

En verdad te digo: el tiempo no existe.

EL PADRE

¡Oh! ¿Por qué se interrumpió mi sueño?

EL PAJARO DE LA TARDE

En él estás, no te dejó.

EL PADRE

¡Azul la rosa y su radiar de oro! Mis manos parten a su encuentro... Aspiro un perfume embriagador... Me parece que voy a cogerla... ¡Será mía! Transubstanciada en flor, tendré también a la pequeña, porque ella asoma entre sus ondulados pliegues... ¿No lo ves? Hacia ellas voy, ambas serán mías...

EL PAJARO DE LA TARDE

Precipitado vas.

EL PADRE

¡Ya casi la tocan mis dedos!

EL PAJARO DE LA TARDE

Cuidado: el enigma revela sin entrega.

EL PADRE

¡Ah dolor, letal engaño! ¿Qué ven los ojos míos? Estuve a punto de coger la rosa, y la niña se alejó de mi presencia. Se retira, vuelve al centro de la flor... en el mar de sus pétalos naufraga lentamente... ¿Huyó la niña, la rosa permanece? Desvanecida su figura, parece existir siempre. Sale de la corola una luz cálida, rostro de niña o resplandor de flor... Una fuerza incógnita nos liga, al punto en que, desasido de mi cuerpo, siento ser solo una partícula de la noble claridad errante. Y esa mágica lumbre arde también en mis ojos, que yo divisó desde fuera, desde un tiempo anterior a mi existencia... ¿Se funde el amador en el amado? Amor, el bien amado y el que ama ¿uno son?

EL PAJARO DE LA TARDE

Trino y uno, trino y uno es el misterio. Poeta, rosa y niña, tripétalo el enigma.

EL PADRE

¿Cómo volver al deliquio de la rosa azul, cómo volver?

EL PAJARO DE LA TARDE

Renunciando al tumultuoso deseo. Recuerda el misterio del árbol que espera.

EL PADRE

¡Pájaro venturoso, te soy deudor de la infinita gracia!

EL PAJARO DE LA TARDE

Alas nazcan a tu fé, para colmar las horas que aun no han sido. Alas nazcan, y te ayuden al ascenso.

EL PADRE

Y la pena de su madre ¿cómo aliviar?

EL PAJARO DE LA TARDE

Una niña morena duerme en su vientre cálido.

EL PADRE

¿Aseguras la dicha futura, aseguras?

EL PAJARO DE LA TARDE

De cierto: ella será.

EL PADRE

Y la visión de Rosa-Niña... ¿volverá?

EL PAJARO DE LA TARDE

Tan cerca está, que no la ves. Tan lejana, que se desvanece.

EL PADRE

Ya mi llamado ¿acudirá?

EL PAJARO DE LA TARDE

Si es llamado de fé.

EL PADRE

¡Una Rosa de Luz se abre en la Noche!

EL PAJARO DE LA TARDE

Cumplióse el ciclo del amor. Adiós varón dichoso.

EL PADRE

¡Aguarda, aguarda! ¿Quién eres tú, revelador?

EL PAJARO DE LA TARDE

I-u, i-u, i-u-u-u-u.

EL PADRE

¡Espera, espera! ¿Quién es la rosa fúlgida?

EL PAJARO DE LA TARDE

I-u, i-u, i-u-u-u-u.

EL PADRE

¡Una palabra, siquiera un ademán de despedida, para que yo pueda reconocerte!

EL PAJARO DE LA TARDE

I-u, i-u, i-u-u-u-u.

(Un vasto silencio invade la escena. Por un sendero del tiempo, el Padre avanza lentamente, conmovido en la evocación de lo que fué. Una hermosa y menuda criatura va con él: sus pasitos resuenan en el corazón de los pájaros y sus ojos oscuros encienden el júbilo en las flores. Por la Noche enigmática, mientras la eternidad asoma detrás de las estrellas dichosas, irrumpen puras voces como la lluvia de las lirás).



CORO DE LAS BLANCAS AZUCENAS

¡Loemos al Señor!
¡Loemos al Señor!

El ha creado la memoria reminiscente, que aviva el sentimiento de los seres y transforma el dolor en alegría.

¡Loemos al Señor!
¡Loemos al Señor!

De sus manos surge el poder alegre y plástico del recuerdo, su profunda significación para la dicha humana.

¡Loemos al Señor!
¡Loemos al Señor!

De su infinito amor trasciende una Rosa de Luz, ahora y en la hora de todo mal.

Amén.

* * *

Solar de Sopocachi
Al pie de las montañas
de los Andes

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz — Bolivia

COMENTARIO

Fernando Diez de Medina, que acaba de ganar el *GRAN PREMIO NACIONAL DE LITERATURA DE 1950*, con su obra "Nayjama", introducción a la mitología andina, nos da, ahora, este nuevo libro de poeta y soñador.

"Libro de los Misterios" es una obra singular. Ni teatro, ni poesía, ni ensayo filosófico, con participar de los tres géneros; mas bien algo de la "fantástica" novaliana, donde vida y arte se transfunden rompiendo fronteras estéticas. Dijérase el canto extático de los místicos persas; reminiscencias de Claudel o Maeterlinck, y con todo el libro es rico de originalidad y de estructura. El puro sueño de un artista puro que conoce todos los registros en la noble artesanía de los libros.

La crítica exaltará la rara belleza de estas páginas, que dan nuevo toque a las letras bolivianas, porque demuestran que también en este circo de montañas el hombre es capaz de remontarse a los grandes temas de la literatura universal.

El notable artista belga Víctor Delhez, consagrado como el primer grabador de nuestro tiempo, enaltece este libro con diez ilustraciones en madera que aclaran y hermean el texto.

Presentamos este libro, compuesto e impreso en nuestros talleres, como una expresión de las artes tipográficas en el país.

“Editorial Don Bosco “

[Inicio](#)